

DISCURSO

PRONUNCIADO POR LA

ILMA. SRA. DOÑA AMELINA CORREA RAMÓN

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. D. GREGORIO MORALES

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 9 DE MAYO DE 2005

GRANADA

MMV

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
academiabuenasletras@hotmail.es
Imprime: La Gráfica S.C.And. - Granada
Depósito Legal: Gr- 606/2005
I.S.B.N.: 84-933672-5-7

DISCURSO

DE LA

ILMA. SRA. DOÑA AMELINA CORREA RAMÓN

Crónica de la ciudad finisecular:
Granada, 1899

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
Señoras y Señores:

EN los fértiles pero confusos años de entresiglos que acabarían alumbrando una nueva centuria, tras la crisis de finales del XIX, el escritor y periodista cordobés Rodolfo Gil tuvo ocasión de realizar una larga estancia en Granada, fruto de la cual surgió su libro *El país de los sueños* (1901), en el que se formulaba el siguiente invitatorio:

Los que [...] anheláis la intensidad del goce íntimo en la penumbra del misterio; [...] los que soñasteis [...] con paisajes que no se acaban y crepúsculos que extasían: llegad a Granada. [...]

Alabad a esta ciudad, escultores de la palabra; que de ella se dijo no tenía rival ni en el Egipto, ni en el Irac [*sic*], ni en la Siria. Alabad a Granada, que ella fue llamada por los árabes *el cielo del mundo*.

La lírica llamada del autor de Puente Genil remite y parece incidir en la configuración de una imagen de la ciudad de la Alhambra difundida desde el romanticismo y que cobrará nuevo auge en el momento finisecular. Se trata del ya bien estudiado *topos* de la ciudad muerta, moda literaria que alcanzará gran extensión a partir de la publicación en 1892 por parte de Georges Rodenbach de su obra *Bruges-la Morte*, y que ha sido posteriormente analizado por Hans Hinterhäuser, y, en España, por Miguel Ángel Lozano Marco. Dicha novela parece inaugurar el tema de la ciudad como estado de

ánimo, reinterpretando y actualizando la consigna romántica del paisaje como resonador de las impresiones anímicas del poeta, de un poeta que es ahora, al menos desde Baudelaire, un ser urbano y desarraigado.

Ciudades marcadas por un intenso y perceptible pasado histórico y artístico, como Brujas, Venecia y, en España, Toledo, Córdoba o Granada, traslucen “el tiempo detenido en las orillas de la muerte” (M. A. Lozano) que otorga una nueva dimensión a la característica nostalgia finisecular.

Así, numerosas obras literarias evocarán los jardines melancólicos de Granada, sus casas añosas de antiguos muros, sus recatados conventos de enigmáticas celosías, las hojas otoñales cayendo mustias en los estanques de agua detenida y, cómo no, sus encantados palacios árabes, poblados de rumores y de leyendas. Esa será, de hecho, la imagen que transmita pocos años después el matrimonio formado por Gregorio y María Martínez Sierra en su libro *Granada (Guía emocional)* (1911), donde la propia elección del adjetivo presente en el título indica nítidamente la tendencia a dibujar la ciudad como una suerte de itinerario del alma, más que como una mera realidad urbanística.

Pero, aparte de ofrecer la facultad de poder constituirse como una lámina de azogue donde los poetas, intelectuales y artistas fueron capaces de reflejar sus íntimos anhelos y sus preocupaciones espirituales, acordes con la crisis de fin de siglo, podríamos preguntarnos, ¿cómo era realmente, en el ámbito cultural de finales del XIX, esa ciudad requebrada por plumas y pinceles a lo largo de la historia?

Después del crítico -y mítico- 1898, en el que España ultimaba su humillante despedida de lo que en tiempos había sido un vasto imperio, el año 1899 podía considerarse, de

alguna manera, simbólicamente inaugurado el día 19 de enero, cuando lleguen a Sevilla los supuestos restos mortales de Cristóbal Colón, transportados por el vapor “Giralda”. Se pierden las tierras americanas y se recuperan -al menos en teoría- los últimos vestigios de quien las descubriese.

En Granada, la ciudad había iniciado el año bajo la reciente impresión sufrida apenas un mes antes, cuando se difunde la noticia de que las gélidas aguas del río Dwina habían acabado con la vida del cónsul Ángel Ganivet. Su libro *Granada la bella* (1896) seguiría recordando idealmente el modelo de ciudad propuesto por el escritor, que defendía “el embellecimiento de las ciudades por medio de la vida bella, culta y noble de los seres que las habitan”.

Los seres que habitaban esa Granada finisecular se aproximaban a los setenta y cinco mil en 1899, con una tendencia de población creciente. Vivían en una ciudad que había permanecido muy similar a la Garnata musulmana hasta casi los últimos años del XIX, en que experimentaría una serie de transformaciones definitivas que vinieron dadas en gran medida por un cambio en las explotaciones agrícolas de la región, con la introducción -gracias a una exitosa iniciativa de la Sociedad local de Amigos del País- de la remolacha azucarera, cuyo tremendo potencial económico se acentuaría aún más tras la pérdida de las colonias. La Vega de Granada recuperaba una vez más su nombradía como paradigma de riqueza y fertilidad, ayudada por las bien organizadas aguas de sus tres ríos, con sus orientales redes de acequias. Pero también la vida cotidiana de la ciudad se regía por el agua, un elemento importante y siempre presente en muchas de sus calles y plazas, hasta el punto de llevar al escritor y diplomático granadino Melchor Almagro San Martín a preguntarse si

“¿No merecería Granada, entre sus bellos títulos, ostentar también el de Ciudad de las Fuentes?”, como luego iba a recordar evocadoramente en un fragmento de su texto autobiográfico *Teatro del mundo*, titulado “Las fuentes de Granada”:

Entre las fuentes y pilares que en los días de mi infancia servían a modo de hontanares y receptáculos monumentales [...] para dar salida al volcán de agua que baña, riega, trasmina y refresca a la ciudad de Granada, como su sangre vital y secreto de su feracidad prodigiosa, recuerdo, sin que sea éste sitio adecuado para enumerarlos detalladamente, los siguientes: [...] la Fuente de la Plaza Nueva, la primera cuyas aguas se helaban en invierno; la Fuente del Paseo de los Tristes, bello nombre que debería restablecerse; Fuente Agrilla, Fuente del Avellano, de las Batallas, de Bibarrambla, del Campillo, del Campo del Príncipe, Fuente de los Gigantes, del Salón, de la Salud, de la Rreja, de Valparaíso, de las Cuevas y otras, [...] la mayoría arquitecturales y renacentistas; otras románticas; muchas sencillas, pero llenas de campesino hechizo.

Ciudad de las fuentes, sí, pero en cuanto a la literatura se refiere, ciudad sobre todo de una, la del Avellano, surtidor de renombradas aguas del que -como es bien sabido- tomara su nombre un grupo de amigos granadinos con inquietudes intelectuales y culturales, que habían sido liderados en buena medida por Ganivet. Consciente siempre del carácter abúlico e indolente de la *élite* intelectual de Granada, representada en las personas de sus amigos del Avellano, Ángel Ganivet trató en todo momento de alentar en sus contertulios la reactiva-

ción de unas voluntades aletargadas, una abulia que uno de los componentes de la Cofradía, Nicolás María López, consideraba, con un nada desdeñable grado de determinismo, “enfermedad granadina”, y que parece achacar a la “reminiscencia del fatalismo musulmán”.

Denominándose a sí mismos “cofradía”, tal reunión evocaba etimológicamente ese espíritu de hermanamiento espiritual que aglutinó a otros grupos parecidos que en la segunda mitad del XIX trataron de articular propuestas artísticas renovadoras, a la vez que conjugaban la literatura y la pintura, como la británica e influyente Hermandad de los Prerrafaelitas, o, en un ámbito más cercano, el Cau Ferrat catalán, con cuyos miembros, de hecho, se entablaron pronto fecundas relaciones, plasmadas en las visitas a Granada de Ramón Casas y de un Santiago Rusiñol enamorado de sus jardines y cármenes, hasta el punto de convertirse en su conferenciante, disertando entusiasta acerca de esta ciudad, “relicario de hermosura”.

Tras la muerte de su maestro Ángel Ganivet, la Cofradía del Avellano seguiría alentando no obstante una empresa cuyo cumplimiento el emprendedor escritor diplomático había soñado durante largo tiempo. Se trata de un proyecto común que se plasmará en la publicación del *Libro de Granada*, con Nicolás María López, Gabriel Ruiz de Almodóvar y Matías Méndez Vellido, además del propio Ganivet, como escritores, y Adolfo Lozano Sidro, Rafael Latorre, Isidoro Marín y José Ruiz de Almodóvar, como ilustradores. La obra se había proyectado desde una concepción modernista del libro como objeto de arte, que reunía literatura y artes plásticas en una primorosa y cuidada edición.

Una serie de circunstancias, unidas a la fatalidad imprevista de su muerte, hicieron que la publicación de su anhela-

do *Libro de Granada* se retrasara precisamente hasta 1899, constituyendo así uno de los hitos editoriales de ese año, que había comenzado en dicho terreno con el saludo del delicioso cartel anunciador que para *Tristeza andaluza*, de Nicolás María López, dibujara Isidoro Marín, y que fuera expuesto en los escaparates de comercios y librerías de la ciudad desde los primeros días de enero. El libro recoge cuarenta y una estampas o cuadros breves de inspiración claramente modernista escritos en un característico tono melancólico y triste, que constituyen una suerte de meditaciones en prosa poética sobre el ambiente granadino. La aceptación del volumen en los círculos artísticos más renovadores resultará muy positiva, como prueba la afirmación por parte del crítico catalán Juan Pérez Jorbá, que califica *Tristeza andaluza* “junto con lo de Ganivet”, de “lo más moderno que la literatura castellana ha dado”.

Con las novedades editoriales de aquel año coincidió también la publicación de *Entre Beiro y Dauro*, de quien era considerado por muchos como el patriarca o el decano de las letras granadinas, es decir, Antonio Joaquín Afán de Ribera. Aunque de carácter muy diferente, pues en el de Nicolás María López apuntaba el impresionismo simbolista, mientras que en el de Afán de Ribera se daba continuidad a la línea de su extensa producción anterior, netamente costumbrista y defensora de las tradiciones de antaño, lo cierto es que ambos seguirían en cierto modo una trayectoria paralela por varios motivos, entre los que quizás convendría recordar la común pertenencia de sus autores a la Cofradía del Avellano, aunque, sin duda, con diverso grado de implicación. Se puede señalar igualmente la circunstancia de que, editados ambos libros en el moderno establecimiento tipográfico de la Viuda

e Hijos de Paulino Ventura Sabatel -que se había encargado igualmente del *Libro de Granada*-, fueron terminados de imprimir en los últimos días de diciembre de 1898, lo que propició que no se distribuyeran hasta entrado ya el nuevo año. Su publicación casi simultánea fue saludada también a la vez con notas bibliográficas y elogiosas reseñas en la prensa del momento. Pero además, el mundo intelectual de la ciudad tributó un homenaje conjunto a sus autores, consistente en un banquete que se celebró en el mes de junio de ese año 1899, y en el que los dos intervendrían con sendos discursos, el de Antonio Joaquín Afán de Ribera en verso y en prosa el de Nicolás María López, al cual pertenecen estas elocuentes palabras: “Todos los que se interesan por las cosas del espíritu deben estar unidos para trabajar desinteresadamente por la gloria de Granada; pues debemos aspirar a que en una ciudad como esta, que ha sido la inspiración de los más grandes poetas, que encierra inagotables bellezas, y que brilla y figura en el mundo por sus tradiciones artísticas, no decaiga un momento, sino que aliente cada vez más el sentimiento artístico”.

Resulta interesante recordar aquí el nombre de Antonio Joaquín Afán de Ribera, ya que, además de su considerable labor como escritor local, desempeñó otro papel importante como dinamizador de la vida cultural de la Granada de entre siglos, al celebrar en su conocido e histórico Carmen de las Tres Estrellas una de las tertulias literarias granadinas de más dilatada trayectoria, que se mantendría durante varias décadas, celebrando sesiones dominicales a las que asistían, entre otros, Francisco Seco de Lucena, Ángel del Arco, Gabriel Ruiz de Almodóvar, Rafael Gago Palomo, José Ventura Traveset o el propio Nicolás María López, y que acostumbraban a tener incluso repercusión en la prensa de la ciudad.

Dicho *carmen* era una casa morisca que, como recuerda Francisco Gil Craviotto, había servido años atrás de escenario a la novela *Martín Gil*, del prolífico Manuel Fernández y González, y ahora se ofrecía como adecuado lugar de esparcimiento para las “Tertulias de Academo y del Amor” -como las denominara Melchor Fernández Almagro-, organizadas por un siempre epicúreo y sibarita Afán de Ribera.

Continuando con este breve repaso al panorama editorial que el año 1899 deja en Granada, no puede faltar tampoco el recuerdo de una pequeña rareza, titulada *Al pie de la Alhambra*, y firmada por Luis Lloréns Torres, que no es sino un poemario amoroso dedicado a la joven granadina Carmita Rivero, prometida del autor, que se presentaba antecedido de un prólogo en el que el poeta manifiesta su opinión y experiencia acerca de la literatura granadina del momento y de sus principales figuras. Como puso de relieve Andrés Soria Olmedo en su *Literatura en Granada (1898-1998) II: Poesía*, lo llamativo del caso viene dado porque Luis Lloréns, que estudió Derecho y se doctoró en Letras por la Universidad de Granada, era de origen puertorriqueño y defensor pionero del ideal de independencia de su patria, de modo que existe la curiosa paradoja de que su libro *Al pie de la Alhambra* resulta ser, “estrictamente el primero de la literatura postcolonial de Puerto Rico”.

Otra suerte de curiosidad editorial que deparó ese año a Granada viene dada por el primero de los libros de Juan García Goyena, literato local afincado en Madrid, que se estrenó con el poemario *Batalla de flores*, prologado por el periodista y autor dramático José Fernández Bremón. El nombre de García Goyena resulta digno de mención porque protagonizará pocos años después un llamativo suceso que

establece directa relación con el poderoso imaginario cultural de la literatura de temática granadina. Así sucedería la historia: en 1905 García Goyena publica en Madrid su obra *Al-lanhk-Bar* [sic] (*Alá es el más grande*). *Leyendas árabes*, libro dedicado precisamente a Antonio Joaquín Afán de Ribera y compuesto por cinco leyendas cuyo referente común es la evocación poética de la etapa musulmana de Granada, que sigue la corriente orientalista retomada fecundamente por el modernismo literario a partir de la moda impuesta desde el romanticismo.

Dentro de esa corriente se inscribirá también la que pronto se convertirá en famosa obra dramática de Francisco Villaespesa, *El Alcázar de las Perlas*, que fue estrenada seis años después, en 1911, siendo rápidamente denunciada por Juan García Goyena a causa de un presunto plagio. Las similitudes resultaban evidentes, hasta el punto de que una de las leyendas incluida por el granadino en el libro referido presentaba exactamente el mismo título del posteriormente elegido por Villaespesa. Además, el almeriense se avino a cederle voluntariamente la mitad de los derechos de autor, lo cual permite pensar que la razón asistía a García Goyena en su demanda.

Finalizado de este modo el breve repaso a lo que dio de sí el año 1899 en el terreno editorial, podemos detenemos ahora en otra faceta claramente reveladora también de la vida cultural de una ciudad es la de sus publicaciones periódicas. En ese sentido, habría que adelantar que 1899 resultó un año especialmente productivo, puesto que, de los catorce periódicos y revistas que ven la luz en el periodo -bien que con periodicidad desigual-, un total de seis fueron fundados precisamente en ese año. Se trata de *La Antorcha*, *La Defensa*

del Comercio, el anuario *Granada Corpus*, *La Hoja* y los diarios *El Heraldo Granadino* y *El Triunfo*, cuyas trayectorias, sin embargo y en el mejor de los casos, no fueron más allá de los seis o siete años de existencia.

Caso totalmente opuesto será el de la revista quincenal *La Alhambra*, cuya publicación había sido iniciada un año antes, en enero de 1898, y a la que en ese año de 1899 esperaba todavía una larga y fecunda vida, a la vez que un considerable papel en el mundo de la cultura granadina. Fundada por el erudito Francisco de Paula Valladar, tras un anterior intento frustrado que había durado poco más de un año, entre enero de 1884 y junio de 1885, la revista heredaba una cabecera de título reiterado en varias publicaciones periódicas a lo largo del siglo XIX, como pone de manifiesto la *Guía de la prensa de Granada y provincia* de Antonio Manjón-Cabeza. *La Alhambra* surge ahora con la vocación de crear y mantener en Granada un ambiente artístico y literario, y con tal vocación y el tesón inquebrantable de su fundador y director se mantuvo durante veinticinco años, hasta la muerte de éste, que tendría lugar en febrero de 1924.

Desde sus comienzos trató además Francisco de Paula Valladar, con muy buen criterio, de romper con el aislamiento localista que solía caracterizar a las revistas editadas en provincias, mediante una activa red de intercambio con otras publicaciones, muy en especial, con aquellas -como *Álbum Salón* o *El Eco de Sitges*- que servían de reflejo de las actividades de grupos de intelectuales y artistas de Cataluña, con los que ya se ha adelantado que existió una temprana relación, además de con diversas revistas de ámbito nacional que contaban ya con una indudable solera, como *Revista contemporánea* (1875-1907). Por supuesto, también se prestó espe-

cial atención a las nuevas iniciativas que surgían en esos años, como *Vida nueva* (1898-1900), cuyos contenidos se comentaban en los diversos números de *La Alhambra*, o publicaciones efímeras fundadas justamente en 1899 como *Revista Nueva*, dirigida por Luis Ruiz Contreras, o *La vida literaria* (1899).

En este sentido, habría que añadir que se estableció una corresponsalía permanente, concretada en la sección “*La Alhambra en Madrid*”, que cada quince días enviaba desde la capital el escritor Eduardo de Bustamante. Así mismo, se daba cuenta de la recepción en el domicilio editorial de numerosas revistas tanto europeas como hispanoamericanas, así como de libros de toda índole y temática, que eran comentados siquiera mínimamente con el meritorio objetivo de intentar ampliar el panorama intelectual de los lectores de la publicación granadina.

Paralelamente, las páginas de la revista estuvieron siempre abiertas a escritores de todas las tendencias y estilos, encontrando cabida tanto la literatura de creación como los estudios de tipo artístico o histórico y la crítica literaria, que llevaba a cabo a menudo el propio Valladar, quien realizaba, sin duda, una labor ímproba. En cuanto a la orientación ideológica y estética de la revista, *La Alhambra* se caracterizó siempre por un eclecticismo donde el más novedoso modernismo compartía espacio con los usos narrativos y poéticos decimonónicos.

En relación con el objetivo perseguido en el presente trabajo de llevar a cabo una crónica de lo que fue la vida cultural en la Granada de 1899, el repaso de las páginas del volumen de *La Alhambra* correspondiente a ese año se revela como una inusitada y vivísima fuente de datos. En este sen-

tido, las secciones que ofrecen un mayor interés son, de manera especial, la titulada precisamente “Crónica granadina”, en la que se realizaba un repaso de las actividades llevadas a cabo durante la última quincena, incluyendo la pormenorizada relación de los obras dramáticas estrenadas en los teatros Isabel la Católica y Principal, así como las denominadas “Artes y letras” y “Notas bibliográficas”, que ofrecían información sobre diversas publicaciones recibidas en la Redacción. Además, las páginas dedicadas a colaboraciones literarias nos permiten observar que éste fue el medio elegido por varios autores granadinos para dar a conocer sus obras, como es el caso de los *cofrades* del Avellano Matías Méndez Vellido, quien en el primer número de 1899 dio comienzo a la publicación por entregas de su novela *Prisca*, cuyos diversos episodios irían apareciendo sucesivamente hasta su conclusión en 1901, y Gabriel Ruiz de Almodóvar, que dio a conocer en marzo su texto en prosa poética “El bosque”. Otros escritores que colaboraron fueron José Sánchez Gerona, que incluyó en el número correspondiente al 31 de julio su relato “El último amor de Phryné”; o algunos otros cuyos nombres ya se han ido adelantando, como Afán de Ribera, Nicolás María López o Luis Lloréns.

Mención especial habría que hacer de la presencia reiterada en sus páginas del recientemente desaparecido Ángel Ganivet, al que se tributa un emocionado recuerdo a lo largo de todo el año, con inclusión de retratos, de varios de sus textos (en concreto, un poema y un fragmento de epistolario), así como de la detallada crónica de una velada que en su memoria se celebró en el teatro Isabel la Católica el día 1 de marzo de este prolífico 1899. Dicha velada, que constituyó probablemente el acto cultural más relevante del año, se

organizó con un completo programa, que incluía el estreno de la aún inédita *El escultor de su alma*, única obra dramática del granadino. El manuscrito original había sido enviado desde Riga por el propio Ganivet a Francisco Seco de Lucena en los primeros días de noviembre de 1898, con el encargo de que gestionase su próximo estreno, albergando la intención de donar los beneficios para iniciar con tiempo suficiente la organización de los actos conmemorativos del tercer centenario del nacimiento de Alonso Cano, que se cumplía en 1901.

La representación de *El escultor de su alma* se convirtió, de ese modo, en homenaje póstumo a su autor, quien había tratado de actualizar la esencia de los autos sacramentales en lo que él denominó con toda razón *Drama místico*. Escrita en verso y dividida en tres autos, “de la Fe”, “del Amor” y “de la Muerte”, la obra suponía el más arriesgado planteamiento ganivetiano para intentar sobrevivir espiritualmente en un mundo sin Dios, en el cual sólo el alma autocreata por una voluntad enérgica y prometeica podría llegar a equipararse al supremo Creador. *El escultor de su alma* presenta a cuatro personajes de evidente carácter alegórico, entre los que destaca el espíritu rebelde del protagonista Pedro Mártir, que fue encarnado en el estreno por el actor Francisco Fuentes. Los otros tres personajes son Cecilia, que retrata por contraste a la mujer creyente, la hija de los anteriores, denominada Alma, que simboliza la creación humana, hija de la razón y de la fe, y un personaje de menor entidad, llamado Aurelio. Los actores responsables de su representación fueron las señoras Díaz y Guillén y el señor Rivelles.

Pero además, la velada se completó con la presentación pública de un busto de Ángel Ganivet, realizado por el escul-

tor granadino Pablo Loyzaga y que presidiría el salón de *El Defensor de Granada*, así como con un concierto, cuya crónica realizó en *La Alhambra* Matías Méndez Vellido. Resaltando por encima de todo los méritos del polifacético y esforzado Francisco de Paula Valladar, que ejerció de director de orquesta, el cofrade del Avellano comentará detalladamente el programa musical elegido, en un tono que contrasta con la autocomplacencia que suele resultar habitual en este tipo de discursos. De hecho, Méndez Vellido enlaza con la mejor tradición ganivetiana en la denuncia del abúlico carácter granadino y utiliza la crítica constructiva para deplorar el lamentable estado en que se encuentra la orquesta de Granada, al parecer, falta de estímulos. Además, lamenta de igual modo el desinterés de un público más pendiente de atender a la presencia social en la sala que a la interpretación musical. Dadas las circunstancias, Valladar pudo aun así extraer las mejores posibilidades de unos músicos desmotivados para la interpretación de un concierto misceláneo que comenzó con la sinfonía “Raimond” de A. Thomas, a la que siguieron un fragmento de la Obertura de “La flauta mágica” de Mozart, la “Serenata en la Alhambra” de Tomás Bretón y el “Andante elegíaco” de Ramón Noguera Bahamonde, para concluir con la “Suite” de “Peer Gynt” de Edvard Grieg.

Pero además de ilustrar los detalles referentes a la celebración de dicha velada, el volumen de *La Alhambra* correspondiente a 1899 contiene otras importantes informaciones en relación con la vida cultural de la ciudad. Entre ellas, y siguiendo un orden cronológico, se podría destacar que en el número correspondiente al 15 de enero se da cuenta del fallecimiento del poeta y prosista granadino Aureliano Ruiz, que había sido precisamente uno de los autores del prólogo múlt-

tiple que antecedió a *Entre Beiro y Dauro*. En ese mismo número, y en la sección de “Crónica granadina”, se informa de que el “Excmo. Sr. D. Mariano Capdepón, inspirado poeta y escritor notabilísimo, se halla en Granada desempeñando el alto cargo de [...] gobernador militar”. La importancia de Mariano Capdepón, cuyos poemas irá publicando la revista en el transcurso del año, viene dada porque en su figura parece estar inspirada la figura de Isidoro Capdepón Fernández, el poeta apócrifo que inventarán casi tres décadas después los jóvenes del “Rinconcillo”.

Tras relatar las diversas celebraciones relativas a las fiestas del Corpus, en el mes de julio *La Alhambra* destaca el propósito de la revista madrileña *La vida literaria*, dirigida por Jacinto Benavente, de dedicar un número extraordinario en honor de Granada, que contaría con la colaboración de autores locales, de granadinos emigrados y de “admiradores [...] tan entusiastas” como Juan Valera, Rubén Darío, Ramón del Valle-Inclán o Enrique Gómez Carrillo, entre otros. El proyecto se encomendó al escritor José López del Castillo.

Transcurrido el verano, el otoño traería novedades. Así, el número correspondiente al 15 de noviembre ofrecerá dos noticias *funerarias*, aunque de diversa índole. Por un lado, se comunica el repentino fallecimiento del prestigioso catedrático de la Universidad de Granada, Fabio de la Rada y Delgado. Por otra, se anunciaba la inauguración del mausoleo al político granadino Melchor Almagro Díaz -desaparecido prematuramente en Madrid seis años antes-, siguiendo un proyecto de Diego Marín y en el que colaboraron Agustín Querol y el propio Pablo Loyzaga.

El siguiente número proclama la inauguración en París de una exitosa exposición por parte del colaborador de la revis-

ta Santiago Rusiñol, entre cuya serie de *Jardines de España* figuran varios de procedencia granadina.

El año termina con una realidad y un proyecto. La primera, consistente en la exposición artística organizada en plenas fiestas navideñas por *El Defensor de Granada*, y el segundo, por los buenos propósitos del languideciente y un tanto vetusto Liceo, que pretende “reverdecer sus pasadas glorias”, animado en todo momento por *La Alhambra*.

1899 se revela así, en la Granada literaria, como un año con sus luces y sus sombras, con el contraste y la convivencia entre una forma nueva, *modernista*, y otra apegada aún a los modos tradicionales. Un año marcado por la denuncia constante de la peculiar apatía granadina, contra la que tanto luchara Ganivet, y la repetición de sus síntomas. Precisamente, y como una suerte de póstumo homenaje ganivetiano, la ciudad alentaba ya un proyecto que iba a acabar cuajando en 1900 con la fundación de la interesantísima revista *Idearium*. Pero ése será otro año... y tendrá también su historia.

Muchas gracias.

AMELINA CORREA RAMÓN
(Granada, 1967)

Amelina Correa Ramón, doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Granada y en la actualidad profesora titular en su Facultad de Letras, ha desempeñado diversos puestos docentes en las universidades de Almería y Sevilla y ha participado como ponente en más de una treintena de congresos internacionales.

En el terreno de la investigación, ha desarrollado toda una serie de trabajos sobre literatura española contemporánea, centrando su atención de manera especial en la «recuperación» de autores del patrimonio literario andaluz.

En esta línea se encuentran su estudio sobre el escritor que dio origen al personaje valleinclanesco de Max Estrella, titulado *Alejandro Sawa y el naturalismo literario*, publicado por la Universidad de Granada en 1993, y su bio-bibliografía *Isaac Muñoz (1881-1925). Recuperación de un escritor finisecular*, publicada también por dicha Universidad en 1996. De este último autor ha dado a conocer las novelas *La Serpiente de Egipto*, coeditada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la Diputación de Granada en 1997; *Vida*, editada en 1998 por la Fundación Caja de Granada; y *Morena y trágica*, aparecida en 1999 en la Editorial Comares (Granada).

Ese mismo año la Editorial Prames (Zaragoza) publica su edición del poemario *La sombra de una infanta*, de Isaac Muñoz, con prólogo de Luis Antonio de Villena, y ve la luz, a raíz de un encargo de la Diputación de Granada, su extensa obra de referencia sobre el género narrativo en dicha provincia titulada *Literatura en Granada (1898-1998) I: Narrativa y literatura personal*.

En 2000 aparece su edición, con estudio introductorio, del volumen *Cuentos de mujeres. Doce relatos de escritoras finiseculares*, publicado por Editorial Clan (Madrid), y en 2001 su semblanza bio-bibliográfica *Melchor Almagro San Martín. Noticia de una ausencia*, editada en Ficciones (Granada); *Poetas andaluces en la órbita del modernismo. Diccionario*, publicado por Ediciones Alfar (Sevilla); *El Libro Popular*, una catalogación de la colección de novela breve del mismo título editada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas; y su edición, con estudio introductorio y notas, de *Teatro del mundo. Recuerdos de mi vida*, texto de Melchor Almagro San Martín publicado por la Diputación de Granada.

En marzo de 2002 da a conocer su libro de referencia *Plumas femeninas en la literatura de Granada (siglos VIII-XX). Diccionario-antología*, coeditado por la Universidad de Granada y la Diputación de Granada, y en octubre de ese mismo año *Cuentos espiritistas*, una selección, con prólogo y edición igualmente a su cargo, de narraciones breves de Amalia Domingo Soler, librepensadora y prestigiosa espiritista del siglo XIX y principios del XX, que aparece bajo el sello de la Editorial Clan (Madrid).

En 2004 ve la luz, con edición nuevamente a su cuidado, *Poetas andaluces en la órbita del modernismo. Antología*, publicado por Ediciones Alfar (Sevilla); y en 2005 *Obra Poética* de Antonio de Zayas, antología realizada por encargo de la Fundación José Manuel Lara (Sevilla), de cuya edición y estudio introductorio vuelve a ocuparse, hallándose en la actualidad en prensa *Hacia la re-escritura del canon finisecular. Nuevos estudios sobre las direcciones del modernismo*, que publicará, también en 2005, la Editorial Universidad de Granada.

Por otra parte, ha publicado una treintena de artículos de investigación en revistas literarias y científicas españolas (*Ínsula, Renacimiento, Archivo Hispalense...*) y extranjeras (*Bulletin of Hispanic Studies, Tesseræ, Revue Romane...*), participando también, con igual número de colaboraciones, en ediciones colectivas (actas de congresos, volúmenes de homenaje, manuales de estudio y consulta, etc.) y en diversas publicaciones de divulgación cultural, y con más de una veintena de reseñas en revistas literarias y científicas españolas y extranjeras (*Revista de Literatura, Quimera...*).

En el terreno de la creación, varios de sus poemas han sido incluidos en diversas antologías desde 1986, habiéndose publicado hasta la fecha dos de sus poemarios, *Seré flor nueva*, en la Colección Zumaya de la Universidad de Granada en 1987, y *Rigel*, en el sello editorial de la Delegación Provincial de la Consejería de Educación y Ciencia de Granada en 1989, encontrándose en la actualidad a la espera de su publicación, *La luz inaugurada*, premio nacional de Poesía en el XXII Certamen Literario “Villa de Mancha Real” en 2004.

CONTESTACIÓN
DEL
ILMO. SR. DON GREGORIO MORALES

Excmo. Señor Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. y Sras. Académicos,
Señoras, Señores:

AMOR POR LOS ALEPHS

AMELINA Correa tiene una máquina del tiempo con la que viaja a placer. Sobre todo, a ese tiempo suyo tan querido que estéticamente conocemos como Modernismo. Amelina se hurta de las tertulias presentes y se va a las tertulias del pasado y allí conoce a escritores cuyo nombre ha sepultado el polvo del tiempo, pero que ella, como un ángel justiciero, rescata para la posteridad.

Amelina posee una máquina del tiempo. Está en las hemerotecas, en las bibliotecas, en los archivos. Sólo ella sabe que, en este tipo de lugares, se abre siempre un aleph, hecho que desconocen los eruditos. Porque los eruditos están uncidos a los legajos y aman su polvo y el pie de cada una de sus letras. Sacan datos interesantes, pero que suelen dejarnos fríos. Amelina, sin embargo, conoce a la perfección los alephs que se abren bajo los anaqueles y se deja valientemente absorber por ellos. Tal vez se ha hecho asidua de alguna tertulia del XIX e incluso hasta puede haber abierto un salón propio, donde recibe a tirios y troyanos, habla con unos y con otros, los escucha, los conoce, los lee, los descubre... y, saltando en el tiempo, regresaba intrépida y entusiasmada para contárnoslo. Es lo que ha hecho con el año 1899. Y lo ha hecho de una forma tan gráfica, amena y detallada, que ha suscitado en mí numerosas incógnitas y reflexiones. Ha removido mi inteligencia emocional. Sólo quienes plasman el espíritu de la verdad, son capaces de lograr algo así.

Los ensayos de Amelina tienen la virtud de abrirnos nuevos espacios. No puedo dejar de leer algo suyo sin que se me vengán al pensamiento continuas posibilidades de desarrollo. Cuando acabé la lectura de su edición de los “Cuentos espiritistas”, de Amalia Domingo Soler, pensé que sólo con la biografía de la escritora, sabiamente urdida por Amelina, se podía escribir una inquietante novela. Amelina sabe introducirse en lo invisible, en las sombras, y poner ante nosotros lo que nadie es capaz de ver ni de escuchar. Amelina tiene dentro de sí un singular mundo creativo, al que da salida con las armas de la edición, el ensayo y la poesía. Y lo hace con una asombrosa eficiencia. Porque los textos de los Sawa, Isaac Muñoz, Melchor Almagro, Amalia Domingo, Antonio de Zayas... todos estudiados y editados por ella, podrían ser suyos. A veces, uno tiene la sensación de que algunos de esos escritores han existido sólo para que ella los sacara a la luz.

Sus poemas son una confirmación de lo mismo que descubrimos en sus ensayos, aunque van más allá y tocan evidentemente el corazón. Los poemas de Amelina aprehenden lo sutil, se sumergen en las sinestesias, aman la sensualidad, tienden a lo espiritual y penetran en lo más íntimo de las cosas. Y, sobre todo, son bellos. Porque la belleza es la mejor prueba de la verdad de las cosas.

En definitiva: aunque manifestándose en diversos aspectos, Amelina es siempre una. No hay división, no hay esquizofrenia. De distintos modos, sirve a un mismo propósito: la renovación de la literatura para que cale más en la realidad y muestre la singularidad de cuanto cotidianamente nos pasa desapercibido.

Lo primero que me ha ido surgiendo al hilo de sus palabras es una sensación de extrañeza. ¡Pero si parece que fue ayer! También me he sentido anegado por la nostalgia. Porque, si el

“reportaje” de nuestra académica es correcto –y, como he dicho, su pluma es siempre fiel a la verdad-, la Granada artística y literaria de aquel tiempo parecía mucho más unida que ésta. La estética practicada no ponía compartimentos estancos entre escritores, y, así, como hemos visto, en la tertulia dominical de Antonio Joaquín Afán de Ribera, se daban cita tanto costumbristas como modernistas. ¡Y mira que había motivos para la guerra! Aquella Granada parece también más cosmopolita e internacional que ésta, con fluidos contactos no sólo con Madrid, sino con Cataluña, París y otras ciudades. No puedo dejar de preguntarme dónde está el origen del enrarecimiento cultural que padecemos, de esa profunda grieta abierta entre los “costumbristas” y “modernistas” de hoy, y que, si por una parte es buena porque fomenta la competencia literaria y multiplica los libros y actos culturales, es nefasta para la imagen exterior de Granada, ya que oscurece la enorme potencia renovadora que bulle en ella.

Le doy las gracias a Amelina, pues, por habernos conducido hacia 1899. Y le pido que, con su excepcional capacidad de trabajo, su independencia de juicio y su penetrante inteligencia, lleve a cabo en alguna ocasión el trabajo de comparar los dos finales de siglo, el de 1899 con el de 1999. ¿Qué cosas prosiguieron de uno a otro? ¿Cuáles cambiaron? ¿Qué estéticas brotaron? ¿Hay hoy más cultura? No me refiero evidentemente a actos culturales, que por supuesto que sí, sino a originalidad, innovación, permeabilidad y solidaridad entre creadores. Silencio la respuesta, aunque en lo atinente a la solidaridad se me antoja que aquella Granada era mucho más despreñada y menos envidiosa que ésta; que no era una Granada de homenajes póstumos, como ahora, sino una Granada que, a veces, también se volcaba en vida, como en

los “banquetes” –¡qué hermosa palabra ya perdida!– tributados a Antonio Joaquín Afán de Rivera y a Nicolás María López y los numerosos actos que se prepararon en honor de Ganivet.

Es un gran acontecimiento para la Academia de Buenas Letras de Granada que Amelina entre a formar parte de ella. Esta mujer sensible, exquisita, cortés, y, por otra parte, fuerte, constante, exigente y pertinaz, puede aportar muchísimo. Tiene, además, una inmensa virtud: la de ser querida por todos. Cuando tomó la valiente decisión de dejar su plaza de profesora en la Universidad de Sevilla para volver a jugárselas todas en Granada, fuimos muchos los que no respiramos hasta que, cómo no, consiguió su objetivo. Quizá sea una cuestión de egoísmo, pero no es ni más ni menos que el egoísmo que necesitamos: el de tener a los mejores a nuestro lado para crecer más.

El estudio de Amelina nos demuestra que los genios no crecen aislados, sino que deben encontrar un caldo de cultivo donde desarrollar sus cualidades. La Granada de 1899 tenía el fermento necesario para que un niño que había nacido un año antes, pudiera nutrirse de él y plasmar sus talentos. Este niño era Federico García Lorca. Sin el extenso humus cultural al que habían contribuido tantos, tal vez la vocación del gran poeta no hubiera sido posible. De igual forma, cualquier acto cultural de hoy, este mismo, refuerza el humus del presente y amplía la posibilidad de desarrollo de futuros talentos. Sé que Amelina va a trabajar intensamente por ello. Y que, de paso, nos va a hacer a todos más lúcidos y, si se me permite la expresión, más bellos. Gracias. Y bienvenida, en nombre de todos tus compañeros y del mío propio, a esta Academia de las Buenas Letras de Granada.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada,
el 2 de mayo del año 2005,
CCXXXIII aniversario del nacimiento
de Friedrich Novalis,
autor de *Himnos a la noche*,
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. Pedro Enríquez,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMV